

863
S.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ6565
.54
M3
v.3



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID: Imprenta de M. RIVADENEYRA. Duque de Osuna, 3.

CAPÍTULO PRIMERO.

Dos problemas insolubles.

Dos problemas al parecer insolubles habían aparecido de la noche á la mañana, empeñando el amor propio de los curiosos que se devanaban los sesos buscando la X misteriosa que obstinadamente se escondía, huyendo de las más activas é ingeniosas investigaciones.

No se trataba de sucesos extraordinarios que estuvieran á punto de conmover la tierra, ni de penetrar secretos, cuya averiguación corrigiera ó reformara las leyes de la naturaleza ó abriera nuevos horizontes á los destinos del género humano.

Como pasamos la vida desde Adán hasta la fecha cayendo y levantando, naciendo y

muriendo, sin que la ciencia haya encontrado la fórmula comun entre el cuadrado y el círculo, sin que haya podido adquirir el timon imposible con que dar á los globos direccion en el aire, sin que haya podido apropiarse la perpétua inquietud del movimiento continuo que palpita debajo de nuestros piés y circula incesante sobre nuestras cabezas; del mismo modo habriamos seguido viviendo indudablemente si las dos incógnitas que la curiosidad buscaba en el momento en que abro la primera página del presente capítulo, hubieran permanecido sepultadas en los abismos de sus respectivos problemas.

Pero, ¿qué sería de las gentes desocupadas que han hecho de la *murmuracion el alimento de las almas sensibles*, si no tuvieran en las intimidades de la vida ajena, motivos continuos en que emplear la actividad ociosa que las anima?

¿Qué sería de las tertulias, de los cafés, de los casinos, de los pasillos de los teatros, de los pasillos de los congresos, de los salones y hasta de las mismas antesalas, si las concurrencias habituales á unos y otros sitios no

tuvieran por lo ménos una novedad diaria á que aplicar sus raros conocimientos acerca de las costumbres contemporáneas?

Es cosa por todos sabida que ya no hay rincón de taberna, ni mesa de café, ni chimenea de casino, donde cuatro sabios desconocidos, vagos por regla general, no arreglen, una vez al dia por lo ménos, los enmarañados asuntos de Europa, no conquisten á África, no exploten á Asia y no envidien á América; sin que el mundo ingrato, siguiendo por pura terquedad el curso de los sucesos, deje ni un instante de ir de mal en peor, lo mismo en Europa que en Asia, en África que en América; pero la verdadera *comidilla* de estos centros de comunicacion intelectual, la verdadera orden del dia de estas asambleas constantemente deliberantes, es lo que en el lenguaje técnico se llama *chismografía*, que constituye la parte más amena, más variada, más entretenida, más edificante de lo que todos conocemos con el nombre de *crónica escandalosa*.

La vida privada es siempre el asunto, el hogar doméstico la escena, alguna desdicha

ó alguna miseria sorprendida ó inventada, el tema discutible y discutido.

A esta especie de instruccion pública, á este órden de conocimientos pertenecian los dos problemas con que la curiosidad insaciable se encontró de la noche á la mañana.

Con el mismo afan con que un sabio buscara la sustancia desconocida de un fenómeno nuevo, la causa oculta de un efecto inesperado, con la misma sed de sabiduría trataban los curiosos de indagar el doble motivo de dos hechos inexplicables que súbitamente habian corrido de boca en boca por las altas regiones de la buena sociedad.

Los más hábiles matemáticos en esto de ajustarle la cuenta al prójimo, los más consumados en el arte de extraer la raíz de todo secreto, los más fuertes en elevar al cubo de la importancia los actos más ordinarios de la vida, se veian y se deseaban para explicarse de algun modo el misterio del caso, acerca del que nadie absolutamente sabía nada de buena tinta, porque en esta ocasion ninguno habia podido beber en buena fuente.

La X, pues, continuaba sumergida en el

pozo del problema, la incógnita se resistia obstinadamente á ser despejada.

Ya se ve, sobre la oscuridad de la causa brillaba con más viveza la luz del efecto, y los curiosos, semejantes á los murciélagos, daban incesantemente vueltas al rededor de la luz, quemándose las cejas sin fruto alguno.

Ademas del interes dramático que lleva en sí todo secreto miéntras no se averigua, los hechos de que hablo habian adquirido la celebridad de un acertijo indescifrable, y como nadie los explicaba satisfactoriamente, cada uno apeló al recurso de explicárselos á su manera.

No pudiéndose explicar de modo alguno satisfactorio, se explicaba de cualquier modo, ó, lo que es lo mismo, no habiendo modo de explicarlos, se explicaban de tódos modos.

De la ignorancia de unos y otros nacieron diversos pareceres, contrarias opiniones, opuestos dictámenes y continuas empeñadas disputas, porque nadie se resignaba á ignorar lo que ninguno sabía.

Y el caso es que una vez aplicados tanto

interes, tanto talento y tanta curiosidad en averiguacion de las causas de tan misteriosos acontecimientos, ni los más condescendientes se avenian ya á que tanto estrépito viniera á reducirse al *parto de los montes*.

Cuanto más se escondian las causas que se buscaban, más grandes debian ser y más extraordinarias; porque si bien es verdad que es más difícil ver y encontrar la punta de una aguja que la rueda de un molino, vaya usted á hacer entender esta vulgaridad á los que no viendo más allá de sus narices, se empeñan en que al otro lado de la oscuridad que los rodea hay este mundo y el otro.

Mas ya es tiempo de que sepamos lo que pasa, porque el lector sentirá la misma curiosidad que los demas, y justo es que se entere del motivo de tantas averiguaciones, siendo lo más gracioso del caso que el lector es el único que está en el secreto.

Ocurria lo siguiente:

Primero: que la Marquesa, joya de los salones y alma de la buena sociedad, se habia encerrado á piedra y lodo, sin dejarse ver en ninguna parte, con la rara circunstancia

de que no saliendo para nada de su casa, nunca se la encontraba en ella. Las visitas no pasaban del recibimiento, donde los criados recogian diariamente muchas tarjetas; el mismo Matusalem habia intentado sin éxito atropellar, digámoslo así, la consigna que los criados, fieles como suizos, mantenian con rigurosa exactitud y corteses maneras.

Segundo: que el Duque, en quien tenian puestos los ojos más de cuatro hermosas criaturas, empeñadas en ser duquesas, á pesar de hallarse ajustado su matrimonio con la rica criolla, habia desaparecido de Madrid, ignorándose su paradero, con la grave circunstancia de no haberse despedido de bicho viviente.

Hé ahí los dos problemas insolubles.

En los círculos de la alta sociedad no se hablaba de otra cosa, y para que el interes fuera mayor y la curiosidad más viva, ambos sucesos coincidian en la fecha; los dos hermanos anochecieron y no amanecieron en el transcurso de una misma noche.

Se sabía que el Duque habia comido aquel dia con su secretario, y que Matusalem á

la misma hora poco más ó ménos comia con la Marquesa; y ya no se sabía más. Las pesquisas se detenian, sin poder pasar de estos dos datos, seguros sin duda alguna, pero que arrojaban muy poca luz sobre los dos misteriosos acontecimientos, tema obligado de las conversaciones de aquellos días.

El secretario del Duque podía saber algo, y se habia pensado en él, como medio de ponerse en la pista del negocio; pero daba la casualidad que era un jóven oscuro, desconocido, que ademas no se le veia por ninguna parte, y hubo que renunciar á este recurso.

Matusalem ya era otra cosa; su intimidad con la Marquesa lo colocaba en situacion de saberlo todo, y sus extensas relaciones lo ponian al alcance de contiínuas preguntas; mas no habia manera de sacarle una palabra, pues se sonreia benévolaente, y encogiéndose de hombros, contestaba:

—No sé; me coge de nuevas. No adivino..... Es posible.....

Y jamas salió de estas respuestas evasivas,

que al principio parecian estudiadas y que al fin se tomaron al pié de la letra.

Picaron su amor propio, admirándose de que el amigo íntimo de la Marquesa no estuviera al corriente de los secretos motivos de una reclusion y de una fuga, que tan vivamente estaban llamando la atencion; pero Alejandro en vez de desatar el nudo de esta observacion lo cortaba, diciendo:

—Señores: ó lo sé ó no lo sé. Si lo sé y no lo digo, es claro que debo callarlo; si no lo sé, me es absolutamente imposible decirlo.

No parecia natural que un hombre tan fácil, tan complaciente como Matusalem, poseyera un secreto de tamaña importancia y permaneciera mudo ante la viva curiosidad de tanta gente; y aceptando el dilema, decian:

«¿Lo sabe?..... pues cuando se obstina en callarlo debe ser un secreto sumamente grave. ¿Lo ignora?..... pues no hay que decir; asunto tan cuidadosamente reservado merece saberse.»

Al fin se convencieron de que Matusalem estaba completamente á oscuras, cosa que en honor de la verdad le hizo perder gran

parte de su importancia, pues cayó de golpe todo el prestigio que le daba su estrecha intimidad con la Marquesa.

A falta de datos, se planteó la cuestión en el terreno de las conjeturas, y cada uno buscó dentro de sí mismo lo que no había podido encontrar en los otros.

Unos decían: la Marquesa ha sido víctima de una violenta erisipela, que ha descompuesto su semblante, y esconde este contratiempo de su hermosura en el último rincón de su casa.

No había médico alguno que diera testimonio de la exactitud de semejante suposición; mas por eso no dejó de correr la especie acreditada, aunque con algunas variantes, pues no todos convenían en la erisipela, inclinándose á creer que habían sido viruelas negras, cosa que parecía excesiva á los más compasivos, que sostenían que bastaba que hubieran sido unas viruelas locas.

Alguno observó que del mismo modo habría podido ser un ataque de perlesía, y la observación pareció tan aceptable, que se convino en ello.

Mas estas explicaciones, que las mujeres acogieron con verdadera lástima, llorando, como quien dice, la ruina de tanta hermosura, no calmaron la curiosidad más que por veinte y cuatro horas, abriéndose paso un nuevo rumor ménos lamentable y mucho más artístico.

Se decía que la Marquesa, aficionada á las artes, y especialmente á la pintura, se había recluso para dedicarse exclusivamente de día y de noche á la ejecución de un cuadro, que se presentaría anónimo en la Exposición próxima, que sería el asombro de los inteligentes.

Acerca de lo último hubo gran diversidad de pareceres, pero la especie se admitió en principio, discutiéndose despues largamente las condiciones artísticas de la Marquesa, que resultó algo incorrecta en el dibujo y no muy segura en el colorido.

Este capricho pareció muy propio de su carácter, y se dió por sentado que la Marquesa estaba pintando secretamente un cuadro para la Exposición.

Dado el cuadro, era preciso convenir en

el género, y por el mayor número de pareceres se acordó que sería un cuadro de costumbres; recordóse la feliz disposición de la Marquesa para los retratos, y no quedó duda de que aparecerían en el lienzo personajes conocidos, y cada cual, en el fondo de su alma, deseó la preferencia de ser uno de tantos.

Mas se hizo notar la propension epigramática de la bella viuda, su tendencia á reirse de todo, y los más temieron verse en espectáculo de una manera desfavorable, porque la Marquesa era muy capaz de poner en berlina al género humano por pura genialidad, por mero pasatiempo.

Acerca del asunto se divagaba mucho, y hubo quien apostó muy formalmente que el lienzo anónimo representaría *un baile á beneficio de los niños de la Inclusa*, y que el pincel se estaba mojando en sal y pimienta.

Pero este cuadro, célebre ya ántes de ser conocido, y probablemente ántes de ser pintado, sugirió, por lo visto, una nueva idea, ó coincidió con ella, pues comenzó á circular cierto run-run de oído en oído, que hacia

arquear las cejas del que escuchaba, como quien se admira, no de lo raro del caso, sino más bien de no haber caído ántes en la cuenta.

Es verdad que las conjeturas se perdían buscando un cómplice absolutamente indispensable, cómplice *sine qua non*, pero se pasaba por encima de esta dificultad y se daba la cosa por hecha.

Delante de las niñas se hablaba del particular con tan misterioso recato, que las pobres criaturas, muertas de curiosidad, no vivían hasta averiguarlo con puntos y comas.

En cierta ocasion, estrechado el agente más activo en toda esta serie de averiguaciones por un corro de señoritas que lo arinconaban, preguntándole, más por apurarle que por saberlo, pues parece probable que no lo ignorasen, el hombre, no pudiendo evadirse de tanta pregunta, se creyó en la necesidad de apelar al ingenio para salir del paso, y dijo:

—Señoritas, un capricho lo tiene cualquiera mujer, y la Marquesa ha tenido ése.

—¿Cuál? preguntaron todas con la risa en los labios.

—Claro está, contestó él..... el capricho de eclipsarse.

—Pero ¿por qué?..... ¿por qué?..... insistieron ellas.

—Hijas mías, replicó..... los caprichos no tienen *por qué*.

—Bueno, exclamaron; si los caprichos no tienen *por qué*, á V. no le ha de faltar un *por qué* para este capricho.

—Vamos, dijo, me comprometo á explicarles á ustedes científicamente el eclipse de la Marquesa si me dan palabra de no entenderlo.

—Palabra, palabra, gritaron todas.

—Pues hé aquí el caso: Vénus se ha oscurecido por la interposicion de Júpiter.

—Eso es muy oscuro, replicaron ellas.

—Seré más claro si me dan ustedes palabra de no oirme.

—Palabra, palabra, volvieron á repetir ellas, tapándose los oídos y aproximando las cabezas.

—Perfectamente, exclamó él. Ahora,

atencion: la Marquesa ha debido incurrir en alguna pequeña falta, y se ve en la necesidad de ocultar algun pequeño exceso.

Deshízose el corro, porque todas las que lo formaban huyeron bufando de risa, y la fórmula, corriendo de boca en boca, hizo fortuna.

Encontrada esta explicacion ya no se buscó otra, y se desecharon por absurdas las suposiciones de las viruelas negras y de las viruelas locas, de la erisipela y de la perle-sía, y se arrinconó la suposicion del cuadro por ser de todo punto inverosímil. Lo más natural era lo último. Las mujeres lo comprendian perfectamente, y á los hombres les parecia la cosa más corriente del mundo; y cada uno de por sí, como el boticario del cuento, poniéndose el índice en la mejilla, exclamaba: «Como si lo viera»; no obstante, todos se hacian cruces.

Por lo que hace á la repentina ausencia del Duque no eran ménos variados los comentarios.

Unos lo hacian en Lóndres, otros en París; quién aseguraba que no habia salido de

España, quién creía que, como la Marquesa, se ocultaba en Madrid.

Corría la voz de que estaba arruinado y que huyendo de una vergonzosa bancarota había ido á refugiarse á los Estados-Unidos, último punto de reunion de todos los que se pierden en el mundo.

Partiendo de aquí, se le llevaba á más remotas regiones, pues dándolo por arruinado, era probable que no se hubiera avenido á morir de hambre en ningún lugar de la tierra, y se presumía con horror y como cosa también corriente, que habría puesto término á su vida, emprendiendo la caminata del otro mundo.

Peró ¿y su cadáver?

Semejante pregunta no era una objecion seria, porque, segun uno de los más empeñados en sostener la evidencia de la catástrofe, queriendo ocultar su muerte para librarse del escándalo del suicidio, habría escondido su cadáver ántes de matarse, pues lo creía muy capaz de haberse enterrado vivo.

Lo que realmente hacia dudar acerca de

fin tan desastroso, era que la casa del Duque continuaba con el mismo boato y con la misma opulencia, sin que apareciera nadie con crédito alguno contra la caja del Duque. Si no tenía deudas, ¿cómo estaba arruinado? Si no estaba arruinado, ¿á qué había de haber atentado á su existencia?

¿Podría haber sido víctima de algun crimen hasta entónces ignorado?

Era posible, pero en tal caso, ¿cómo se explicaba la tranquilidad que se veía en su casa y el inalterable aplomo de sus criados, que decían sencillamente: «El señor Duque ha salido..... El señor Duque no está en casa.... el señor Duque no ha vuelto.....»; y ya iban más de quince días de ausencia y de misterio?

Verdaderamente era cosa de perder la cabeza y llegar hasta las más espantosas suposiciones..... porque cuando no se ve nada..... ¿qué cosas se ven!

La política se hizo cargo de tan misterioso acontecimiento, y la primera suposicion fué que el Duque había salido á desempeñar una mision secreta, de que le había encargado el

Gobierno cerca..... no se sabía á punto fijo si del gabinete de Lóndres, de París, de Viena ó San Petersburgo, razon por la que viajaba de incógnito sin que nadie pudiera dar cuenta de su paradero.

Otros, conviniendo en el fondo, atribuian el viaje á una negociacion financiera, á una nueva forma del empréstito fracasado.

No era el Duque ni hombre político ni hombre de negocios; pero la falta de una y otra aptitud, que pudiera servir de razon para no dar crédito á la especie, servia precisamente para confirmarla.

Tratándose de una mision reservada, no habia el Gobierno de ser tan incauto que eligiera á un hombre conocido por sus talentos políticos ó por su trastienda financiera, porque hubiera sido darle un cuarto al pregónero y hacer del asunto el secreto á voces.

Por otra parte, los amigos del Gobierno volvian la especie del reves, y aseguraban que la ausencia misteriosa del Duque era un manejo de los conspiradores, que habian conseguido catequizarlo, haciéndolo instrumen-

to de sus planes, sirviéndose de él, como persona ménos sospechosa á los ojos de las autoridades, cabalmente porque vivia apartado de las agitaciones de la vida política.

Y la razon segura de que ésta era la verdad, la encontraban firmemente apoyada en el empeño con que las oposiciones esparcian el rumor de que el Duque habia desaparecido de Madrid seducido por el Gobierno.

En idéntica razon se fundaban los otros para sostener lo contrario; y de tal modo se disputaba en los salones, en los cafés y en los periódicos, que probablemente habria llegado el fin del mundo sin que ni éstos ni aquéllos hubieran podido entenderse.

De pronto corrió una voz que causó buen efecto por lo inesperada, por lo atrevida y porque sacaba á la arena de la disputa á una nueva persona de la que algunos habian recibido desaires ó desdenes, que no siempre caen en saco roto.

La especie circulaba concebida en estos términos:

«El Duque huye de la criolla.»

Despues del primer efecto la noticia se

desvaneció como el círculo trazado en el agua por la piedra que cae rompiendo la superficie.

Sobre ella cayó la maza de Fraga de un argumento incontestable.

Hé aquí el argumento :

¿Qué hombre en pleno siglo diez y nueve es tan cobarde que huye de trescientos mil duros de renta inofensivos?

La contestacion que se daba á esta pregunta era categórica.

Los más reflexivos, los más cautos, los ménos prontos en ponerse al cabo de las cosas contestaban al golpe :

— Ninguno.

La especie, lo mismo que la piedra que al caer produce el círculo en el agua, se sumergió para no aparecer más en la superficie.

Mas apénas sumergida, surgió un nuevo rumor, al cual prestaron todos atento oído.

Se trataba de un rapto..... el Duque habia robado á una mujer : semejante á Páris, habia robado á Elena; pero la credulidad,

un tanto escamada, oponia dos sérias dificultades.

Primera. ¿Cómo se roba á una mujer si ella misma no es cómplice del robo? Mas si no era probable, era posible.

Segunda. ¿Quién podria ser la hermosa Elena robada por Páris?

Despues del robo de las Sabinas ningun latrocinio de esta especie habia sido objeto de tanto comentario.

Se repasaron una á una todas las bellezas que á la sazón estaban en juego, y ninguna se habia perdido de vista, todas se hallaban presentes : tentaciones tendria alguna de desaparecer para hacerse por más ó ménos tiempo heroína de tan interesante episodio ; mas es el caso que no se encontró ningun marido abandonado ni ninguna madre sorprendida.

Se detenia el rumor ante una consideracion tan sorprendente como natural, á saber : que la Elena robada no parecia ; ninguna de las Elenas dispuestas á dejarse robar brillaban á la sazón, como el romano, por su ausencia.

Pero ya se ve, la alhaja robada no habia sido extraida del estuche del hogar doméstico, pertenecia al dominio público, y habia sido apartada de la circulacion como un billete que se retira, como una moneda que se esconde, como una calle que se cierra.

La Elena robada era una bailarina; la agilidad de sus piernas no la habia servido para huir del peligro.

Se contó y se recontó el cuerpo de baile que en aquellas noches hacia las delicias del público en el Teatro Real y no faltaba ninguna: todas ellas, ofendidas quizás por semejante sospecha, aparecian en la escena poniendo el pié en el cielo para dar completo testimonio de la identidad de sus personas.

Ellas, valiéndose de las más atrevidas piruetas, con la sonrisa de una honrada satisfaccion, decian bien claramente:

—Ah, señores, nosotras no tenemos nada oculto.

Y el público, justamente tratado á punta-piés, las creia á puño cerrado y abria la mano, aplaudiéndolas loco de entusiasmo.

La suposicion quedó desvanecida, y las pobres bailarinas se vieron por esta vez libres de la envidia de las demas mujeres.

Por último, se hizo contra esta especie un argumento que obtuvo los honores de irreplicable.

El robo de una bailarina es un hecho que no tiene precedente en la historia. Sólo hay un caso, el caso único y general del baile que se titula *Boleras robadas*; fuera de ése no hay otro.

Así habria trascurrido próximamente un mes, sin que el tiempo, que todo lo descubre, diera señales de rasgar el velo de tan obstinado secreto, cuando penetró en las casas más distinguidas, llegando á manos de las familias más ilustres, un billete de invitacion, en que la Marquesa convidaba á sus numerosos amigos á una fiesta que se celebraria en la noche del dia siguiente.

Esta invitacion imprevista cayó como un rayo, desconcertando á los curiosos y dejando con la boca abierta á los murmuradores, porque, segun la cuenta que ellos habian echado, la Marquesa no debia estar aún en

disposicion de abrir su casa; pero todos se dispusieron á asistir, por tres razones.

Primera : porque era una fiesta.

Segunda : porque era una fiesta que daba la Marquesa.

Tercera : porque en la fiesta sería fácil encontrar la explicacion del enigma.

Los dos problemas quedaron en pié, tenaces é insolubles, como la cuadratura del círculo, el movimiento continuo y la direccion de los globos, esperando la solucion satisfactoria.

CAPÍTULO II.

La luna de miel.

Tiene el año su primavera, el dia su aurora, la vida su infancia; del mismo modo el amor tiene su primavera, su aurora y su infancia, y esa infancia, y esa aurora, y esa primavera es lo que en rigor debe llamarse la luna de miel.

Esta luna de miel es fugitiva ó eterna, ó dura poco ó dura siempre; y lo primero es lo usual, lo admitido, lo que en todas partes pasa como moneda corriente; lo segundo es muy raro, sumamente raro; á lo ménos se ve poco.

La luna de miel es la realizacion de cuantas ilusiones ha forjado el alma, movida por el afan de los sentimientos y por la inquietud de los deseos; es soñar sin dormir, es